

Hay una pausa. Paco la rompe.

— Mira tú — dice hablando más consigo mismo que con el maestro —, ya ves si tengo deseos de irme a Madrid; pues, en este momento, si alguien me dijese «No te vas», casi me alegraría. ¿Ves aquel palomar que hay en la punta de la era? Bien feo es, y bien poco me importa; bueno, pues ahora pienso que me marchó y que, al anochecer, tal como hoy que vamos paseando, no le volveré a ver en mucho tiempo, y casi me da pena mirarle, y no quisiera dejarle de mirar. — Pancracio se dispone a dar la explicación psicológica del fenómeno; pero Paco, que advierte la llegada del turbión de ciencia, le ataja bruscamente: — ¡No me digas en qué consiste, que no lo quiero saber!

El maestro sonrío, compasivo e irónico. ¡Estos impulsivos! ¡Estos chicos de pueblo, que no saben de nada! Y piensa en Schopenhauer y en Nietzsche con exaltación de orgullo.

Paco, que ignora a Schopenhauer y no conoce a Nietzsche, va sorbiendo el paisaje y pensando que él le tiene cariño, pero mucho cariño, hasta al rumor del agua que pasa por debajo del puente.

VI

Llegó, que todo llega, el día de la marcha de Paco, y fué, si no mienten las crónicas, el 25 de septiembre, festividad de los Santos Mártires Cipriano y Justina.

Amaneció nublado, y con un vientecillo fresco y enredador que barría por calles y caminos, rebozadas en polvo, las primeras hojas caídas de los árboles.

En el monte ha debido llover, porque el río baja crecido y bufando.

La veleta de la Asunción — es una cruz aureolada por un nimbo de espinas — gime larga y ásperamente; las campanas, que en la torre están mudas desde hace medio siglo, gimen también bajito cuando el viento las roza. El viento es el amigo de las campanas, y ellas gustan de voltear

cuando él, malhumorado, se revuelve, porque saben que ha de llevar sus voces muy lejos : allí donde ellas quisieran ir.

¿Dónde quisiera ir en este día, primero en que el otoño deja ver su tristeza, Elena Quirós? Acaso tan lejos como la voz de las campanas, llevada por el viento. A un mundo florecido, sólo para el amor, donde no hubiera *grandes deberes* para los novios de las niñas bonitas.

Elena, nacida a la sombra del convento, lleva en el alma y en la frente como un sello de austeridad. — Es muy formalita — dicen las vecinas —. Y tanto; formalita hasta para ensoñar. Son de ver sus castillos en el aire, los que levanta mientras cose en un rincón del claustro.

Por de pronto, ella no quiere salir del convento. ¡Eso nunca, jamás! A ella la iglesia abandonada le parece algo propio, muy íntimo, al mismo tiempo hogar y palacio, y no imagina que pueda haber por esos mundos jardín más alegre que aquel jardín conventual. Los angelones del altar mayor son sus buenos amigos. Aquellas pernezuelas doradas, aquellos brazos regordetes que sostienen las cestas de oro, le hacen pensar en niños suyos, pero muy suyos, suyos y de su Paco de su alma; porque Elena es una enamorada de los niños, y sueña con

ser madre desde Dios sabe cuándo, desde que vió a una madre besando a un niño.

¡Qué triste está! Más que la triste mañana de otoño. Más que la veleta, suspira su alma, y más que las campanas amigas del viento, llora su amor. Al cabo el viento ha de volver. Acaso alguien un día tañerá las campanas. Será un día de fiesta, y será en verano : el día de la Virgen de la Asunción: estará el altar lleno de luces, y el coro, de músicas; y habrá en la nave hombres y mujeres, y muchos niños vestidos de blanco; y en el suelo, sobre las losas, descansará un tapiz de hojas de lirios, y de ramas de menta, y por los aires irán nubes de incienso que, al pasar por la luz del rosetón, parecerán banderas de colores.

— Pero ¡en qué estoy pensando, santa madre de Dios? ¡Con la pena que tengo! Hoy se marcha, se marcha. ¿No lo sabías tú, Virgen María?

Elena, tanto como a los niños, quiere a la Virgen, a su Virgen de la Asunción, a la que se está sola y callada, siempre callada y siempre sola, en el altar mayor de la iglesia vacía.

Está la imagen pintada en lienzo, y tiene rostro de humilde y cariñosa mujer; va por las nubes, sostenida por ángeles; pero sus ojos miran al suelo, y ¡miran con tan dulce mirar!

Así la enamorada le dice sus cuitas.

— ¡Elena, que ya vienen! — grita, en el pórtico, Vicentín.

Sale al pórtico Elena. Carretera adelante viene una procesión. En ella Paco, y su padre, y don Lino, y el maestro, y don Pedro el boticario, y qué sé yo quién más! Van a buscar el tren; el monasterio está camino de la estación; y, aunque no lo estuviera, ¿había Paco de marcharse sin decirle adiós una vez más?

Ya llegan, y la niña, por costumbre, sonrío al amado; él viene serio y un algo conmovido. El señor Juan Quirós ofrece hospitalidad: — Entren ustedes y descansen un rato. Hay tiempo de sobra: falta una hora para que pase el tren. — La comitiva se dirige al claustro, haciendo un ruido de mil demonios al pasar por la iglesia. Elena, mirando a la Virgen, le pide bajito que perdone. ¡Aquellos hombres no saben lo que hacen! Paco, al entrar, se ha quitado el sombrero, y no alborota como los demás. ¡Qué bueno es Paco!, ¿verdad, Virgen María?

En el jardín claustral se improvisa un refresco: el señor Juan corta de su plantel una sandía. Vicentín marcha a casa de Tanardi en busca de copas; la madre sirve regocijadamente, satisfecha

porque tiene en su casa *a lo mejorcito del pueblo*. Bajo el arco que sostiene un jazmín, Paco y Elena se despiden. — ¿Me escribirás, mi alma?

Señor Manuel se acerca.

— Animo, muchacha, que él volverá.

La niña, oyendo al viejo, rompe en sollozos.

— Chiquilla, no llores. Mirame a mí..., que estoy tan sereno.

Elena le mira ¡tan sereno! Juraría que en sus ojos hay lágrimas.

— ¡Ay, señor Manuel!

— Vaya, chiquilla, vaya. ¿A que acabas por hacerme llorar a mí también?

— ¡Qué tontos son ustedes, ea! — dice Paco con voz no muy segura.

El viejo y la niña se miran, y sonrío melancólicamente; él la acaricia el rostro de dolorosa, y ella, cogiéndole la mano, al pasar, se la besa; y desde entonces son buenos amigos.

— En marcha, en marcha.

¡Cómo se alejan, carretera allá, y qué gris está el cielo, y qué pálido el sol, aunque es mediodía!

Nunca vió la estación concurrencia semejante. Allí está todo Puente la Piedra, y los cuatro vecinos y las veinticuatro criaturas de Camposes. Y de los Molinos ha venido una comisión, y otra de

San Martín de la Campa. Gracias a que el andén es grande, como que todo el campo es estación, y gracias a que el día está nublado.

En la sala de espera se repite el agasajo. Parte el jefe un melón, y trae de la cantina unas copas. Nicereta, que está allí, como está en todas partes, sirve el refresco y lloriquea.

Paco, de tan nervioso, ya no sabe si está triste o alegre. Cuando de lejos se oye silbar el tren, tiene una sensación de descanso. ¡Al fin llegó! — ¡Puente la Piedra, un minuto! — El tren se para: no baja nadie; dos mujeres, cargadas con cestas de frutas, suben apresuradamente; van a León a vender su mercancía.

— ¡Por aquí!

— En este coche, Paco, que lleva poca gente.

— Adiós, padrino; adiós, Pancracio.

— Que te diviertas.

— Adiós, padre.

Señor Manuel llora a moco tendido.

Paco salta al vagón; ciérrase con estrépito la ventanilla; silba el vapor, saliendo de la máquina.

— ¡Adiós, adiós, adiós!

— ¡Que escribas, hijo!

Ya el tren está muy lejos. El viento desparra-
ma y hace trizas su cimera de humo.

Paco suspira largamente y se deja caer en el asiento, que, bien mullido, le acoge con sensación de comodidad. Cierra los ojos: un momento persíguele el bullicio de la despedida, las voces de amigos y parientes, los consejos, los adioses, los abrazos. Todo aquello le está hormigueando en los sesos, y en brazos y piernas parece que le clavan alfileres. La sangre le golpea, tiene la sensación de que está hueco, de que va a estallar.

Poco a poco, el movimiento uniforme del tren le encalma; el hervidero aquel de sensaciones vase quietando paulatinamente; párecele que tiene sueño, y como no quiere dormirse, abre los ojos.

Entonces ve a sus compañeros de coche: son dos señores que parecen ingleses, y que no le miran. Asómase a la portezuela como a un balcón. El cielo se encapota más y más. Las nubes tienen el mismo color que el humo de la máquina; el viento arrecia, y los árboles azotados parecen tender brazos suplicantes al tren que pasa. Hay alamedas y alamedas a un lado y otro de la vía. A lo lejos, un pueblo grande con siete torres de otras tantas iglesias. Después un río: las aguas van inquietas, como siempre las aguas de los ríos cuando va a llover, y como el cielo sobre ellas está gris, parecen casi negras. Como espejo pulido re-

flejan hondamente las arboledas de la orilla. En un remanso lavan unas mujeres, y es cosa extraña ver, cuando ellas agitan la corriente, cómo se forman de las aguas negras espumas blancas.

El tren cruza el río sobre un puente de hierro, y hay fragor de batalla mientras dura el pasar; luego, la maquinaria como que descansa, va por una llanura silenciosamente. Paco vuelve a sentarse: diviértele mirar cómo suben y bajan los hilos del telégrafo; y recuerda que a él, de pequeño, los hilos del telégrafo le intrigaban mucho, y pasaba horas enteras abrazado a los postes, queriendo adivinar lo que dirían con aquel runrún. ¡Cosas de chicos!

Luego se acuerda de Pancracio y de sus excursiones nocturnas, y luego de don Lino. El tren se detiene. — ¡León, veinte minutos de parada! — Veinte minutos. Aquella paradita le molesta. Como acaba de emprender el viaje, no comprende el porqué de la detención... Y fonda. ¡Fonda! ¿Quién come a aquellas horas? Son las dos de la tarde, y él ha almorzado fuerte antes de salir.

Los ingleses se apean. Sin duda vienen a ver la Catedral. A lo lejos se la divisa, perfilando sus agujas sobre el horizonte anubarrado, surgiendo del vetusto caserío con limpio empaque de mujer

honestas. A la siniestra mano adivínanse las elegancias de San Marcos, y la torre maciza de San Isidoro parece bien hallada con la austeridad de la tarde gris. Las carreteras que se entrecruzan, limpias y rectas como los buenos pensamientos, hablan de paz y de reposo: el reposo y la paz de las hidalgas ciudades viejas que duermen arropadas en su manto de historia.

Paco no quiere bajar del tren: parécele que eso sería hacerse cómplice en la demora y, precisamente, desde que el tren está parado, le ha vuelto la impaciencia por llegar a Madrid.

Pasados los veinte minutos, nadie sube al vagón y el tren arranca. Paco se alegra como una criatura: ya va faltando menos.

En la estación siguiente entra en el coche un joven como de veinte años, a quien despide en el andén numerosa familia: padre, madre, dos muchachitas rubias y un montón de chiquillos. Él es moreno, delgado, y tan inquieto que parece estar hecho de azogue. Tiene en el rostro una extraña expresión, mezcla de alegría ingénita y de melancolía accidental, que le hace simpático.

— Buenas tardes.

— Muy buenas.

Paco no tiene gana de conversación; ahora que

ya está completamente tranquilo, quiere soñar a gusto en su viaje. ¿Cómo será Madrid? Ya León es cosa buena, no cabe duda, y lo otro ha de ser mucho mejor.

— ¿Va usted muy lejos?

Nada, que el compañero quiere charla.

— Sí, señor: a Madrid.

Tan secamente responde Paco, que el otro renuncia de golpe al diálogo; pero, como sin duda se muere por hablar, se acoge al monólogo. — ¡Madrid! — suspira — ¡dichoso Madrid! — Y su cara de hombre feliz tanto se compunge a compás del suspiro, que movería a lástima el contraste, de no mover a risa.

Aquello comienza a intrigar a Paco. ¿Qué le habrá hecho Madrid a este hombre?

Y volviéndose a él:

— ¿También va usted a la Corte? — pregunta.

Nuevo y más hondo suspiro.

— ¡Ay, sí! Por mi desgracia.

— ¿Eso le da a usted pena?

El recién venido responde a la interrogación con otra elocuentísima:

— Pero, ¿usted no ha estado nunca en Madrid?

¡Con qué terror lo dice el desdichado! El caso va picando en historia. Paco no responde.

— Ya se conoce — dice el otro, pensando que quien calla otorga —. ¿Es usted de León?

— No, señor: de Puente la Piedra; dos estaciones antes.

— ¿Y va usted a estudiar, de seguro? Lo mismito que yo.

— Sí; a estudiar.

— Me lo figuraba. Ciencias, ¿verdad?

— No, señor: Leyes.

— Es lo mismo: yo estudio Ciencias. ¡Mire usted que Ciencias! ¿Para qué estudiaré yo Ciencias? Como usted Leyes, me figuro yo.

Paco se indigna. — ¿Para qué? ¿Y los grandes deberes? ¿Y el bienestar del pueblo? ¿Y la política a la inglesa?

El compañero, como si fuera leyéndole los pensamientos, sonrío con ironía mansa.

— ¿Cómo se llama usted? — pregunta de pronto.

— Paco... Paco Trelles.

— Yo me llamo Juan Roca. Su padre de usted tendrá dinero, de seguro; y será allí, en el pueblo, alcalde o cosa así —. Paco, lleno de asombro, afirma por señas —. Lo mismo, lo mismito que yo: mi padre no es alcalde; pero como si lo fuera, gracias a Dios; y tiene dinero, gracias a que todas las tierras del pueblo, si no son suyas, lo van a ser. Y

pregunto yo: ¿para qué querrá este buen señor que yo estudie Ciencias? ¿Le han hecho falta a él para agenciarse los dineros? ¿Qué voy a ser yo en este mundo? Cacique, si Dios no lo remedia; bueno; pues, para serlo, Leyes y Ciencias están de más. Cuantas más sabe uno, menos cacique puede ser. Créame usted a mí, que, con dos años de carrera que llevo aprendidos, se me ha olvidado ya más de la mitad del oficio.

— Yo creo que no está usted en lo cierto — Paco, antes de lanzarse a la discusión, evoca a su amigo Pancraccio como se invoca a un Santo en caso de apuro —. Claro es que, para vivir en el pueblo, no se necesitan muchos estudios; pero el saber no ocupa lugar.

— No le ocupa; pero cambia de sitio la idea que uno tiene de las cosas... Usted ahora se figura que es usted lo primero en el mundo, porque la idea de su propia persona la tiene usted encimita del montón de ideas, pocas o muchas, que le quepan a usted en la cabeza; pues va usted a Madrid, estudia usted esas Leyes que va usted a estudiar, o no las estudia, que para el caso es lo mismo, y, ¡cataplúm!, terremoto por dentro. Usted, que estaba encima, se queda debajo, con lo demás a cuestras; ¡si viera usted qué

divertido es el lance! Ya me lo dirá usted a la vuelta.

Paco no comprende muy bien los razonamientos del desengañado mancebo; pero, sin comprenderlos, le saben mal, y aun le desengañan un tanto de la sabiduría. Así como así, su amor hacia ella no era de los más hondos y arraigados. Este pobre Juan Roca ha tomado, sin duda, aquello del estudiar demasiado en serio, y, ¡claro está!, le ha sucedido aquello otro, que debe ser triste suceso cuando a él le aflige tanto; pero, ¡vamos!, que otras cosas tiene Madrid que no han de ser amargas, ni mucho menos: en lo de divertirse a gusto, y pintarla con gracia, y gastar las pesetas con rumbo y provecho, parécele que no ha de haber tanta melancolía. En resumidas cuentas: todo se reduce a estudiar menos y divertirse más; la perspectiva no es demasiado triste.

— Mire usted, amigo; yo no sé si eso del terremoto que usted dice será o no será tan negro como usted lo pinta: creo que algo dependerá de las personas.

— ¡Eso de las personas!

— Y no lo digo por ofender. Cada uno es como Dios le ha hecho. Yo no sé si me tengo o no me tengo por lo primero en este mundo. Me gusta

como a cualquiera pasarlo bien... y lo demás. En fin, vamos a suponer que es el Evangelio eso que usted me dice. Pues, a pesar de todo, pienso que no me ha de ir mal.

— Es claro — dice el otro con sorna —; como que en cuatro días se traga usted a Madrid.

— ¡Tanto como tragarme!

— O poco menos. Esa es otra, amiguito. También he pasado por ella. ¡Claro! No digamos que la princesa de Asturias; pero cuatro marquesas, por lo menos, caen a las dos semanas. ¿Acierto, o no acierto?

— ¡Hombre, marquesas!...

— O condesas, que yo en esto de títulos no estoy muy fuerte. Es natural: con esta picardía que nos traemos, y este palmito; ¿verdad que sí? Pues, amigo, no caen.

Paco se ríe con las de Caín.

— Y así, por este estilo, vaya usted echando ilusioncillas. Mire usted: unos zapatos como esos que usted lleva — no se enfade usted, hombre, ya sabemos que aquí en la provincia son los de última moda —; bueno, pues unos zapatitos como esos me costaron a mí una desazón.

Paco piensa: «Este chico es imbécil»; pero Juan no le deja concluir de pensarlo.

— Usted dirá: comprando otros de los que allí se gasten... Pues, hijo, aunque se compre usted media docena, éstos no se le caen a usted de los pies en año y medio. Por supuesto — añade, viendo el asombrado gesto de Trelles — que estoy hablando metafóricamente: esto de los zapatos es una imagen; pero ya irá usted viendo cómo tiene su intríngulis. ¡Vaya si le tiene!

— ¡Sí que le tendrá! — Paco, positivamente malhumorado, da media vuelta, y mira por la ventanilla.

¿Dónde estáis, alamedas de León? La llanura, áspera y seca como hembra de mal genio, tiende hasta el límite del horizonte su melancólico sayal: rastros y rastros, y más rastros. Pueblos color de tierra, todos iguales, con casas de barro, con iglesias de barro, con cercas de barro; en los rastros, cabras de color de tierra y pastores vestidos también de sayal, y, por encima de todo, el cielo, cada vez más triste, cada vez más gris. Después hay una tierra muy grande, y un hombre, solo en ella, guía un arado; los surcos se despliegan al paso del tren como varillas de abanico.

Paco se divierte leyendo las placas numeradas que hay en los palos del telégrafo: ya sabe que son quince entre cada kilómetro; y con pueril curiosi-

dad va contando los postes kilométricos: 42, 41, 40, 39; y piensa: ¿dónde estará el primero? Resulta que el primero está en Palencia, y que, inmediatamente, tras una formidable cantidad de tres cifras que dice algo como quinientos y tantos, vuelve a empezar la serie: 60, 59, 58.

Paco se sienta. El compañero de viaje, tumbado en la banqueta, duerme como un bendito. ¡Menos mal que las penas no le quitan el sueño!

Paco piensa en las penas de Juanito Roca. ¿Serán verdad? Acaso lo sean para él; pero ¿eso prueba que hayan de ser para todos iguales?

Trelles mira al dormido, y se ríe. Buenas marquesas había el infeliz de conquistar con aquella cara color de aceituna, y aquellas barbas negras y escasas, como perejil mal sembrado.

Y luego, ¿quién sabe si el tal Roca no ha querido burlarse de él? En fin, ya se verá. Mientras llega el momento de verlo, Paco lo sueña; lo sueña hasta tal punto, que acaba por dormirse también.

Cuando despierta, es noche cerrada, y está lloviendo; en el rincón de enfrente centellea una chispa: es el cigarro de Juanito Roca.

— ¿Se durmió, amigo? ¡Dichoso usted que duermel

— Pues no, que usted...

— ¡Venta de Baños, cuarenta minutos!

— ¿Venta de Baños, ya? — grita el a su pesar futuro doctor en Ciencias —. ¿Quiere usted que bajemos a cenar? No es maleja la fonda.

Paco trae en un cesto la merienda, aderezada primorosamente por las manos de Nicereta; pero teme que cenar en el coche esté en Madrid mal visto. Cuando Juanito Roca cena en la fonda de la estación...

— Bajemos — dice.

Y bajan. La estación está lúgubre: lá lluvia, cayendo sobre el cinc, suscita ruidos gemebundos; el piso del andén, las paredes, los bultos, los vagones, todo reluce empapado y pringoso, y parece que, junto con el agua, llueve hollín. Los focos de luz están envueltos en una como niebla violácea, y, a su luz, los que van y vienen parecen, ya no fantasmas, sino gentes hechas de duelo y sombra. En el comedor — Paco recuerda las servilletas de la jira campestre — hay un vaho maloliente, hecho de calor, de humedad, de tufo de manjares. Se come mal, y hay que comer de prisa. A Paco le causan repugnancia platos y viandas. Juanito Roca devora apresuradamente, con todo el fervor de sus melancolías.

Terminada la cena, y de vuelta al vagón, Paco

tiene gana de llorar, y lloraría si el sueño, poco a poco, no le fuese rindiendo. Aun advierte entre la doble niebla del sueño y de la lluvia dos o tres estaciones. Aun oye la campana, que parece anuncio de algo fatídico; aun ve pasar los bultos encapezados de guardaagujas y jefes de estación; aun oye gritar con voces moribundas: «¡Valladolid, ocho minutos! ¡Viana, dos minutos! ¡Valdestillas, un minuto!» En Matapozuelos se duerme por completo.

VII

Cuando se despierta, el sol triunfa en un cielo que parece de esmalte. Hace una hora que amaneció.

— Asómese usted, amigo — le grita Roca —, que estamos en Madrid.

— ¡En Madrid!

De un salto llega a la ventanilla; los árboles de la Moncloa sacuden su polvo sobre el tren. Corre en las frondas aire fresco, y huele a campo. En la mañana alegre, el corazón de Paco salta de gozo.

— ¿Tiene usted ya posada? — pregunta Roca.

Paco responde afirmativamente: su padre ha escrito a una conocida que tiene en Madrid casa de huéspedes.

— ¿Y usted?

— Yo voy donde todos los años: a la calle de Jacometrezo, cerca de la Universidad; allí nos ve-